

**La pasión ciega ahoga la voz
del patriotismo.**

XI

Sin cantar himnos á los liberales ni ofender á los imperialistas; con el ánimo sereno; superior á toda pasión; aplicando al estudio de la historia de este nuevo mundo de América que comienza su vida política en la terminación del último siglo; haciendo justicia á las intenciones, pero analizando con espíritu severo la razón de las cosas; ya que el asunto concreto que motiva mi trabajo, se dirige á exponer el sentido de un período de lucha en México relacionado con el movimiento general de las ideas; he colocado á Juárez en su puesto, como personificación de un principio; sin desalojar del suyo á Maximiliano, digno representante de una institución.

Y sigo mi camino, sin otro escudo que mi conciencia, á despecho de *La Voz de México*, que abandonando por primera vez su estilo de sermones in facie ecclesie, toma el tono de los periódicos humorísticos, y ya que no

es de su cuerda el uso del chiste, me acusa, como quien escribe en signos de música, con ocho admiraciones, *que discuta con César Cantú.*

¿Acaso pretende que me someta paralítico y mudo à la autoridad infalible del escritor italiano? ¿Con qué derecho exige el colega, que abdique de mi razón propia y naturaleza autónoma, ante su nuevo ídolo, sin otro título divino ni humano que la justificada celebridad del escritor?

Si no he publicado una historia universal llena de grandes enseñanzas, pero no sin lunares menos pequeños; tal vez tengo mejores títulos académicos que el ilustre italiano, y probablemente mayor práctica de negocios con los cargos de responsabilidad que he desempeñado sin tropiezo en mi larga y trabajosa carrera.

Y aparte de todo, ¿no es César Cantú un hombre público, y por este solo hecho sometido al juicio de todos? ¿No estamos todos en uso legítimo y perfecto de nuestra razón, para juzgar à Newton, rectificar à Descartes, oponernos à Bismarck y concurrir en buen uso y respetuosa forma con el óbolo de nuestro generoso esfuerzo à la obra colectiva de la inteligencia?

¿Qué especie de feudalidad insufrible, ni que género de servidumbre ignominiosa, quiere aquí introducir el periódico autoritario, ni qué misión divina ha recibido del cielo para pronunciar ex-cátedra anatema, sin guardar siquiera la solemnidad de un lenguaje serio; usando el estilo de folletín, como si tratase de asuntos de pul-

quería, cuando lo que me ocupa es del mayor y más alto interés social y político, aparte el nacional sin ser mexicano?

¿A dónde vengo à terciar con César Cantú, cumplido caballero y eminente escritor, sino al campo abierto de la publicidad, poniendo mi firma, no por ostentación vanidosa, sino en respuesta leal, à todas horas, de mis errores?

Coja la pluma en serio mi disgustado articulista, y dando la cara como yo, hecho pedazos el antifaz del anónimo, señale los lugares falsos en principios, doctrina, métodos y procedimientos, y tenga entendido de ahora para siempre, que si su argumentación fuese tan poderosa que me dejase derrotado, sin preguntarle quién es, de dónde viene y à dónde va, ni pedirle cuentas si ha escrito infolios como César Cantú, ò si es la vez primera que pone la pluma en el papel, me confesaré acuchillado, como me confieso advertido de un error de pluma en la precipitación con que se escribe diariamente sobre diferentes materias para un periódico, à cuyo lapsus da piadosamente el carácter de pecado mortal, porque fiel à la cita de Tito Livio (que no todos los historiadores refieren con las mismas palabras y en la cual no me ha sido infiel la memoria), se me fué la frase PRISIONERO POR VENCIDO y el nombre de CESAR por PIRRO, tal vez porque me sonaba à cada paso en el oído el nombre de César Cantú, pues no de otro modo pudiera incurrir en un disparate cronológico de semejante tamaño; como

por razón de pluma ingrata, pudo Cervantes cometer la equivocación de montar á Sancho en el rucio robado la noche anterior por Ginesillo. Y á fe, que queriendo corregirme como domine irritado, me ha puesto delante de los ojos una muestra de su muy pobre lógica, pues porque Alejandro no nombró á Scipion, deduce que lo tenia en poca estima, desprendiéndose todo lo contrario de su respuesta:—Si te hubiera vencido, sería antes que Alejandro, Pirro, y todos los demás.—¿Como siendo Scipion rival baladí podía Aníbal por el hecho de vencerle colocarse el primero?

Mas si son estas triquiñuelas de mala ley, las que ha de argumentar el instruido colega, y no los fundamentos filosóficos de criterio y razonamiento que voy haciendo; sin cuidado me tiene, porque son más garrafales los errores de concepto que comete César Cantú, juzgando injustisimamente con datos de toda falsedad á los compatriotas del colega.

Si con otra clase de argumentos me derrota, le reconoceré en voz alta la AUTORIDAD DE SU RAZON. Mientras tanto, no admito la RAZON DE SU AUTORIDAD cualquiera que fuere, porque tratándose de asuntos tan serios que importan á la verdad histórica en su sentido fundamental, á la justicia que se debe á Juárez, á la dignidad de Maximiliano, á la honra nacional de México que no es un pueblo de bandoleros, y á los intereses de la civilización relacionados en este país con los movimientos generales del mundo; no sé cruzar ideas en caricatura ni departir en estilo de polichinelas. Y échese á cazar

desde luego otra liebre perdida como la de Pirro, mientras no haga un libro con espacio de corrección material de estos artículos que á la carrera voy escribiendo, y no con la revisión y compulsas que tengo el derecho de exigir al autor de la Historia Universal, que es el trabajo meditado y laborioso de la vida de un hombre.

Ahora, que á despecho del periodista por obcecación de partido hace causa común con los que faltando á la verdad histórica, calumnian y deshonoran á su patria, ahora que hago un libro donde Pirro ocupa su lugar que á César le dió un lapsus de pluma, venga á la arena del debate armado de todas las armas del sofisma, y como quiera, ya que no puede venir abroquelado con la verdad histórica y la santidad del patriotismo.

En cambio, César Cantú que tiene el santo y noble orgullo de la propia estimación en lo mucho que vale, y no la ridícula vanidad de tomar asiento en la trípode para declararse infalible en todos los lugares de un millón de brillantes páginas, sin parar mientes en esos errores materiales, que saltan á la vista, sentirá satisfacción de hallar por todas partes quien admira su estilo y á quien no admite sus ideas, reconociendo, al pasar la vista por mis escritos, que EL, con otros muchos, me han enseñado á decir.

Y no sirve, no, de agravio, sino de placer al maestro, topar con el discípulo que le arguya.

Y uso aquí de propósito el verbo *topar* en la acepción de la Academia *hallar lo que se busca*, porque

esto es lo que buscan los grandes maestros, à diferencia de esos dòmines legos de sacristía, que sólo saben sacar de su empolvado archivo de baratijas, argumentos de autoridad, para ignominia de la razòn humana y negación de la suya propia: lo cual parece inverosímil, y SIN EMBARGO es cierto, que no admito tampoco la lección gramatical en este punto.

He colocado en su puesto à Juárez sin desalojar del suyo à Maximiliano.

La lucha fué muy grande; de una idea y una institución dignamente representadas.

Insultar à Juárez, es deshonorar la idea.

Achicar à Maximiliano, es prostituir la institución.

Ninguna lucha se ha librado en la historia entre la Monarquía y la libertad mejor representada.

En Inglaterra se empeñó la batalla entre el fanatismo del Protector y las veleidades y caprichos del rey.

No; no ha sido aquí la lucha de México como aquella de Francia alimentada por las debilidades (casi traiciones) del infortunado Luis y las infames intrigas de sus hermanos, cuya honra quedó perdida en los pavorosos misterios del Temple, sin que hayan podido rasgar la nube siniestra de la desaparición del Delfin, tal vez comprado con el oro de palacio à los carceleros y reemplazado con un niño mudo, sospecha que acrecientan las lágrimas, los gemidos, los espasmos y las frases cortadas de su hermana la infanta que algo debió traslucir del suceso.

No; no han luchado en México los crímenes de los príncipes con los harapos del populacho representado por el repugnante Marat.

Aquí luchó el pueblo representado por uno de sus hijos, profesional, modesto, limpio, severo, íntegro, adornado de todas clases de virtudes privadas y de condiciones cívicas; con un príncipe de raza, valeroso, caballero, digno y coronado magestuosamente.

Aquí el rey no *comía* en medio del conflicto sangriento, sino que paraba en lo alto el brazo de Miramón, afectado por la sangre vertida.

Aquí tampoco el cobarde y avieso carcelero Simon le insultaba preso y vencido, ni hubo nadie que, como à Carlos de Inglaterra, le ofendiese arrojándole al soberano rostro el humo nauseabundo de la pipa.

Hubo, sí, rasgos recíprocos de hidalguía, que no son del dominio de la historia, porque pertenecen à la vida íntima del sentimiento que no se compadece con la conveniencia política, pero que están en la conciencia de muchos y en el recuerdo de algunos allegados.

En ninguna parte, en ninguna, se ha presentado la lucha de la idea con la institución tan bien representada.

De quien à quien, de figura à figura, cada cual en su puesto.

Y lo mismo los caudillos.

Miramón es más leal que Lafayette, D. Porfirio Díaz más patriota que Dumouriez; los generales Escobedo y Corona, más caballeros y más dignos que San-

terre; D. Sebastián Lerdo de Tejada más respetuoso y menos cruel que Cromwell.

Y despues..... los funerales de César no fueron sangrientos, porque las autoridades no consintieron que se perturbase el orden público, ni la soldadesca se entregò à sus furores, ni los vencedores entraron en la ciudad à saco como las legiones de Borbòn en Roma, ni el pueblo se entregó á ningún género de venganzas privadas.

¿No estaban aquí los imperialistas propios y extraños con propiedades y casa abierta como los prusianos en París?

¿Dónde están los atropellos, las confiscaciones y el extrañamiento detrás del cadalso?

¿Dónde se encuentra ese puñado de bandoleros victoriosos?

Ah! ¿es que se ha convertido de la noche á la mañana toda su energía vandálica en inteligencia y firmeza de gobierno?

Si esto es así por obra milagrosa, entonces por derecho divino han sido llamados al poder.

Desde mi punto de vista les reconozco la razón de gobernar, porque todas las señales acreditan que representan la mayoría en la opinión del país, y les niego el derecho divino.

¿Ni cómo se lo he de conceder si estoy razonando la historia humanamente, porque ciencia humana constituye su estudio, que no es privativo de Tito Livio, ni de Xenofonte, ni de Tácito, ni de Webeer, ni de César Cantú, por-

que todos somos interesados y todos tenemos el más perfecto derecho à discurrir con nuestra razón propia y no esclavizada à la autoridad del vecino por superior que ella sea? ¿No enseña Cicerón en modo incontestable, que los grandes errores se han cometido por los hombres grandes? Ese es el derecho de los pequeños, la lucha de David con Goliat.

¿Pues qué? ¿no tenemos ahí los datos, los hechos delante de los ojos, las comprobaciones contra los argumentos de autoridad?

¿Acaso he nacido ántes de ayer? ¿He salido ayer de la escuela? ¿No estoy manejando los libros desde niño? ¿Con qué razón, con qué derecho, con qué justicia se me infiere la injuria de que he leído como autómeta, pensado como escultura de carne y viajado como equipaje? ¿Por qué se me ha de negar la facultad de discernir tomando en cuenta lo difícil que es juzgar imparcialmente á los contemporáneos, de los cuales viven muchos todavía?

¿Debo negárselo todo porque no me dan lo que quiero, ó què tengo derecho á que me den en cumplimiento de los principios que proclaman?

Escritas están las leyes del Decálogo y en ellas se me ofrece una gloria eterna, pero no se da sino que se conquista, no por la oposición al cielo, sino por la sumisión al precepto. Las bienaventuranzas no se logran sino por el ejercicio de las virtudes.

¿Cómo se quieren en su amplitud y garantía disfrutar los beneficios de las constituciones liberales, empe-

ñando con oposiciòn sistemática, censuras y quejas amargas, en vez de emplear la actividad en el ejercicio de los derechos para enseñar á los pueblos el modo de ejercer las funciones políticas á fin de formar con el ejemplo y modelo los hábitos y costumbres?

¿Què otra barrera firme puede oponerse á la arbitrariedad que la aptitud del ciudadano? Mas en lugar de formarla por la educaciòn ¿es racional ni sensato entregarse á ideas pesimistas, á cálculos misantrópicos y á esperanzas *telescópicas*, como dice César Cantú?

Los que gastan sus actividades en lamentaciones estériles y funestas, son responsables ante la historia de su *incapacidad*, según César Cantú dice también.

Pero enseña asimismo el ilustrado escritor italiano, que *todo gobierno amenazado se hace violento*.

No són sangrientos los funerales de César detrás de la muerte, pero después el gobierno de Juárez se hace arbitrario y violento.

¿Quiere *La Voz de México* una confesión más leal y paladina de mi parte? Nunca niego la verdad.

¿Pero, qué violencias y arbitrariedades són estas?

¿Són el capricho del tirano?

No, es la continuación de la obra, es la consumación de la defensa, es la dispersión de los restos enemigos; es el gobierno que tiene, como todo sér, su instinto de conservación, y al verse combatido y embarazado por todo género de resistencias, se defiende con la violencia

y la arbitrariedad, como antes se defendió con las armas en la mano.

Se invoca por los enemigos la libertad ¿para qué? ¿Para ejercitarla en impulsos de los intereses generales del país ó para violarla en favor de sus intereses privados?

Así viene provocada la lucha de fuerza y claro está que la fuerza no es el derecho, no es la legalidad, no es la inviolabilidad, no es la garantía; es, naturalmente, el atropello que trae consigo otros abusos.

Es una ley física que se resuelve en la ley moral y política; fuerzas contrarias relacionadas que vienen á dar en último término el resultado del equilibrio de la vida y el movimiento, secreto de la gravitación universal.

Para que la idea liberal gravite, preciso es formar el cuerpo sólido de la nebulosa combatida por las corrientes de atracción y repulsión; y es evidente que la Monarquía es un mundo ya formado en los espacios de la historia, el cual es preciso ir alejando, para que el nuevo globo en formación tenga vida propia.

Pero he llegado á un punto en que ya necesito decir, por qué Maximiliano liberal, era incompatible con la libertad, y por qué Juárez arbitrario, era el factor indispensable de este pueblo libre.

Mas..... debo hacer de esta materia, un poco honda, capítulo aparte.
